

REPENSANDO LA NATURALEZA

*Encuentros y desencuentros disciplinarios
en torno a lo ambiental*



REPENSANDO LA NATURALEZA

Encuentros y desencuentros disciplinarios
en torno a lo ambiental

Editores:

Germán Palacio

Astrid Ulloa

William Cronon

Philippe Descola

Alberto G. Flórez M.

Claudia Leal

Germán Palacio

Lise Sedrez

Margarita Serje

Astrid Ulloa

Universidad Nacional de Colombia-Sede Leticia

Instituto Amazónico de Investigaciones Imani

Instituto Colombiano de Antropología e Historia

Colciencias

© REPENSANDO LA NATURALEZA

Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental

ISBN: 958-8181-02-X

Nicolás Morales

Jefe de proyectos editoriales ICANH

María Clara Melguizo

Corrección de estilo y ortográfico

Martín Silva

Diseño y diagramación

Juanita Richter

Obra portada: En la noche. Pintura sobre cerámica. 25x30 cms. 2002.

Foto de Guillermo Santos

Panamericana Formas e Impresos S.A.

Quien sólo actúa como impresor.

Impresión

© Universidad Nacional de Colombia-Sede Leticia

© Instituto Amazónico de Investigaciones Imani

© Instituto Colombiano de Antropología e Historia

© Colciencias

© De los autores

© Germán Palacio y Astrid Ulloa, editores

Colombia. Julio, 2002

Tabla de contenido

AGRADECIMIENTOS	7
PRESENTACIÓN	11
INTRODUCCIÓN	15
REFLEXIONES DESDE LA HISTORIA AMBIENTAL	
Un lugar para relatos: naturaleza, historia y narrativa. <i>William Cronon</i>	29
Historia tropical: a reconsiderar las nociones de espacio, tiempo y ciencia. <i>Germán Palacio</i>	67
Historia ambiental de América Latina: orígenes, principales interrogantes y lagunas. <i>Lise Sedrez</i>	99
APORTES A LO AMBIENTAL DESDE UNA VISIÓN MÁS AMPLIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES	
La historia ambiental frente a las ciencias sociales. <i>Alberto G. Flórez M.</i>	113
La naturaleza en los estudios sociales. <i>Claudia Leal</i>	123
De una naturaleza dual a la proliferación de sentido: la discusión antropológica en torno a la naturaleza, la ecología y el medio ambiente. <i>Astrid Ulloa</i>	139
La antropología y la cuestión de la naturaleza. <i>Philippe Descola</i>	155

DISCUSIONES SOBRE EL DISCURSO AMBIENTAL

Ciencia, estética y cultura en la naturaleza moderna. <i>Margarita Serje</i>	175
Notas sobre la noción de conflicto ambiental: ¿un nuevo matiz en el análisis histórico? <i>Germán Palacio</i>	193
Pensando verde: el surgimiento y desarrollo de la conciencia ambiental global. <i>Astrid Ulloa</i>	205
BIBLIOGRAFÍA GENERAL	229

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecerles de manera especial a Juan Pablo Ruiz, Alberto Flórez y Francisco González, a los investigadores del proyecto «Naturaleza en Disputa» y a los jóvenes profesionales de Telar de Agua por sus comentarios, sugerencias y anotaciones a los diferentes artículos del libro. Así mismo, a Juanita Richter por compartir su obra artística.



PRESENTACIÓN



Este segundo volumen de la colección *Historia y ambiente* es fruto de varias iniciativas: en primer lugar, es un subproducto del proyecto de investigación “Naturaleza en Disputa” patrocinado por Colciencias y Unijus-Universidad Nacional; del Primer Seminario Internacional de Historia Ambiental celebrado en Bogotá en agosto de 2001; adicionalmente, es el resultado de una fértil relación institucional entre la Universidad Nacional de Colombia-Sede Leticia y el Icanh a través de su línea de investigación “Cultura y Medio Ambiente”, y del proyecto “El nativo ecológico” cofinanciado por Colciencias.

Aunque este libro se concentra en la discusión de la relación naturaleza-sociedad bajo la óptica de las disciplinas de las ciencias sociales, esta colección aspira a convertirse en un espacio abierto de reflexión e investigación, colocando estas discusiones en contexto histórico. Más que reducirse a una subdisciplina de la historia, que tendería a ser vedada para no historiadores, pretende abrir el diálogo interdisciplinario entre las ciencias sociales y humanas y las ciencias naturales, pero que también incluya a las artes, la arquitectura, el urbanismo, las ciencias de la salud, las ciencias agrarias y las ingenierías. Por ello “Historia y Ambiente” es más que historia ambiental.

Dos motivos alientan el anterior enfoque sin fronteras. En primer lugar, debido a que la preocupación reciente por la relación entre ambiente e historia no fue iniciada por historiadores profesionales sino por un variado grupo de investigadores provenientes de diversas disciplinas. En segundo lugar, para ofrecer un marco más amplio que el impulsado por las instituciones ambientales que tienden a circunscribir estos estudios a la biología, la ecología y áreas afines del conocimiento. Los dos motivos mencionados resisten a cualquiera de las dos tendencias reduccionistas que oscilan, para decirlo en pocas palabras, entre las disciplinas de la historia y de la ecología.

Nuestro enfoque abierto a la transdisciplinariedad puede adolecer de defectos asociados a la dificultad de establecer conceptos y definiciones extremadamente precisos. No es recomendable para quien sufra de una neurosis disciplinaria extrema. En realidad, no se trata de una opción puramente voluntarista. Más bien responde a una situación conceptual marcada por el estado de desarrollo de los estudios ambientales y por los abismos disciplinarios que desde tiempos remotos construyó una dualidad tajante entre ciencias de la naturaleza y ciencias sociales. Esa dualidad, desde el siglo XIX se profundizó y materializó en especializaciones. Esta colección, en cambio, apunta a repensar, desafiar, cuestionar los fundamentos, eventualmente hacer un balance, y finalmente contribuir a construir una nueva síntesis que supere esta dualidad que, con el paso del tiempo, se “naturalizó”.

Los editores

INTRODUCCIÓN



El replanteamiento de la dualidad y separación ontológica entre naturaleza y sociedad proviene tanto de transformaciones sociales como de cuestionamientos conceptuales y metodológicos. En esta introducción enfatizamos dos aspectos particulares de tal replanteamiento: la acción ambiental colectiva y la crítica al pensamiento especializado. Desde luego, acción y pensamiento están entrelazados: los movimientos ambientales tienen un impacto en los escenarios de la producción de conocimiento académico, pero, a su vez, las herramientas académicas han influido en la acción ambiental. Por ejemplo, de un lado, las campañas de los ambientalistas deben parte de su éxito al sustento científico sobre la crisis ambiental y sus posibles soluciones y, de otro, los enfoques multi e interdisciplinarios son un presupuesto de las acciones ambientales, con lo que poco a poco se desdibujan, se hacen mutuamente permeables o, al menos, acceden al diálogo disciplinas hasta hace poco distantes.

La reconceptualización de la dicotomía sociedad-naturaleza pasa por la acción ambiental colectiva. No estamos hablando ingenuamente de una especie de conocimiento militante sino del reconocimiento de que la agenda investigativa no puede dejar de tener presente que la ciencia, entendida como ese conocimiento académico, sistemático y riguroso, basado en evidencias y susceptible de ser puesto a prueba y revisión crítica, se desarrolla, no sólo como un producto autónomo y aséptico de los científicos, sino que está enraizado y enmarañado con influencias y redes sociales que lo permean.

Enseguida haremos unas reflexiones que hacen explícito el supuesto de que el desarrollo conceptual está asociado al accionar de grupos sociales que comparten reflexiones y preocupaciones ambientales; y luego pasamos a presentar algunas recomendaciones que van más allá del supuesto de que los estudios ambientales deben ser interdisciplinarios, presentando a los lectores el resultado de una experiencia interdisciplinaria que ha dado sustento a la colección de Historia y Ambiente. No debe pensar el lector que los artículos que aquí presentamos están dirigidos a hacer propuestas o replanteamientos sobre el movimiento ambiental o la acción colectiva ambiental. Eso podría ser el tema de otros textos. Lo que estamos tratando de rescatar es que si bien este libro trae reflexiones historiográficas y teóricas, ellas no dejan de tener asidero en transformaciones, tomas de conciencia y procesos surgidos, inspirados o animados en ellos.

La acción colectiva ambiental

Los movimientos ecológicos y ambientales cobraron notoriedad mundial al final de los años 60 y comienzos de la década del 70 del siglo XX. Estos fueron conformados por miembros de organizaciones conservacionistas y preservacionistas, al igual que por expertos, técnicos y miembros de la clase media. Algunos de sus financiadores, sin embargo, no dejaron de ser miembros adinerados e influyentes de la sociedad, como que el preservacionismo tuvo entre sus inspiradores e impulsores a las elites aristocráticas y plutocráticas que al principio organizaron cotos de caza, convertida en un deporte antes que en una actividad de subsistencia, pero luego promovieron los parques nacionales en sus países de orígenes y sus colonias, abandonando los rifles.

Algunos de estos grupos, desde la década de 1960, se tornaron radicales. Entre sus acciones se cuenta la resistencia a proyectos de desarrollo –la construcción de carreteras, torres petroleras e hidroeléctricas–, la lucha contra la contaminación urbana, la denuncia de la utilización de químicos en la producción agraria y así sucesivamente. Estas manifestaciones colectivas fueron acompañadas de protestas antinucleares y rechazo a las tendencias consumistas del capitalismo de la época del estado de bienestar. Aunque no siempre han tenido éxito en detener un capitalismo expansionista y voraz, las acciones de los movimientos ambientales han generado procesos políticos y cambios sociales. Adicionalmente, también han presionado o incubado simpatías entre académicos, a la vez que posicionado el tema en la agenda pública e internacional. En el campo académico, que algunas veces anticipa y presagia el futuro, algunos piensan que estamos viviendo el fin de la era del desarrollo.

La crítica a la concepción que separa de una manera radical naturaleza y sociedad no es uniforme sino que recorre las asimetrías políticas, económicas, sociales y culturales de un mundo dividido. En efecto, a pesar de que se reconoce que la crisis ambiental es planetaria, el desarrollo del tema ha supuesto generalmente un notorio antagonismo en la escala global. Desde la Conferencia de Estocolmo sobre hábitat, a comienzos de la década de 1970, el contraste entre la preocupación y las reflexiones de los países más industrializados y los conocidos como en “vía de desarrollo” no pueden ser subestimados. Posteriormente, con el colapso de los países de economía centralmente planificada, esta polaridad se bautizó como el antagonismo Norte-Sur. Hoy en día estamos en mora de superar esa dicotomía que debe establecer distinciones más detalladas ya que hay países del “Sur” de ecosistemas templados, parecidos en su desarrollo a algunos países del “Norte”, así como países del “Sur” tropicales cuyos problemas ambientales poco se parecen a los de países del “Sur” de clima templado. Si hay un reclamo sobre que el “Sur” también existe, habría que

preguntarse sobre la especificidad del trópico. En todo caso, uno de los reclamos de los ambientalistas de países del “Sur” ha sido el de insistir en que los problemas ambientales son simultáneamente problemas de justicia social. Así mismo, una de las tareas de este pensamiento crítico debería próximamente revisar si conceptualmente estas diferencias tienen alguna relación con estas asimetrías, pero es demasiado pronto para aseverar con rigor tal relación.

Los movimientos ambientales que hacen parte hoy en día de un panorama de acción supranacional, han tenido éxito también en desarrollar una cierta conciencia ambiental que influye a los académicos. Incluso a aquellos que se sienten trabajando bajo la óptica objetiva y neutral de la ciencia positiva. Sin pretender agotar el amplio número de factores, resaltamos tres de ellos que se reconocen como de especial importancia cuando nos acercamos a buena parte de los ejemplos americanos en el tema de la formación de la conciencia ambiental. El primero, una supuesta conciencia natural que tendría asidero en los pueblos nativos; el segundo, la tradición reconocida al discurso científico; y el tercero, relacionado con los movimientos ambientalistas en sentido estricto. Las cosmologías amerindias son, frecuentemente, consideradas como expresiones auténticas de una adaptada conciencia ecológica. A pesar de que esta visión que ensalza el ecologismo nativo sea discutible, lo que se trata de subrayar acá es que esta perspectiva está ampliamente difundida, entre ambientalistas, al menos.

La tradición científica también se reconoce como pieza esencial en el desarrollo de la conciencia ambiental. Esta conciencia se remonta a viajes de naturalistas y a trabajos de pioneros del siglo XVIII que, aunque funcionarios coloniales, luego son incorporados en la tradición científica republicana. En el caso colombiano habría que citar a José Celestino Mutis y su Expedición Botánica. Pero quizás quien más resonancia y reconocimiento internacional ha tenido es el naturalista Alexander von Humboldt. El discurso científico contemporáneo que se reclama ecologista y ambientalista se enlaza con una larga línea de ancestros.

Los movimientos ambientalistas, compuestos por militantes formados en variadas profesiones, por último, han contribuido al desarrollo de la conciencia ambiental. La incidencia de factores internacionales ha permitido la proliferación de ONG multidisciplinarias que alientan la acción ambiental. Adicionalmente, estos movimientos ambientales entendidos en sentido amplio no pueden desconocer que pobladores indígenas, culturas afroamericanas o poblaciones campesinas han desarrollado o adoptado unas tecnologías más amigables con el medio, que muchas de las tecnologías modernizantes y desarrollistas. Al así hacerlo, revalorizan un saber, hasta hace poco despreciado.

Los tres factores que favorecen el clima de una toma de conciencia ambiental inciden, a su manera, en privilegiar los cuestionamientos ambientales en la agenda académica e intelectual: actualizando y dándole cabida al saber “ancestral” y haciendo explícito, alentando o forzando a la antropología, la arqueología, la sociología o la historia a incluir la preocupación ambiental, en el primer caso; estimulando a los científicos a responderle a una preocupación social global, nacional y local en el segundo; y generando diálogo interdisciplinario entre militantes ambientalistas formados en profesiones diversas e involucrados en movimientos sociales de variado tipo, en el tercero.

Haciendo interdiscipliniedad

La colección de Historia y Ambiente se presenta al lector con este segundo volumen como un producto acabado y plasmado en una serie de artículos. Sin embargo, su génesis implicó un ejercicio de interdiscipliniedad. En la medida en que aquí le presentamos al lector artículos específicos que atienden al esfuerzo de reflexionar sobre los aportes y diálogos de disciplinas en el campo ambiental, hemos creído pertinente compartir con el lector este ejercicio, inclusive corriendo el riesgo de sonar, en ocasiones, muy particularistas.

La formulación y ejecución de proyectos de investigación ambiental tienen implícito el problema de que los investigadores, por lo regular, son graduados en disciplinas. Este sólo hecho tiende a socavar las buenas intenciones interdisciplinarias. A la hora de la conformación de un equipo de trabajo, el campo jurídico está reservado a un/a abogad@; el del desarrollo a un/a economista; si se refiere a pueblos indígenas o culturas diversas el/la antropólog@ reclamará el derecho que le asiste; las implicaciones de las configuraciones ecosistémicas será el ámbito del/a biólog@ y así sucesivamente.

Esta situación remite a una discusión fundamental. Desde un punto de vista teórico, hay quienes afirman que la interdiscipliniedad exige la vinculación de expertos de alto nivel en campos disciplinarios. Nuestra experiencia muestra lo contrario. Sería exagerado decir que un/a expert@ especializad@ no sirve para una investigación ambiental, entendido, desde luego, como esa interacción naturaleza y sociedad. Por supuesto que la comprensión de lo ambiental como ese ámbito de una naturaleza apartada e independiente del ser humano no requiere interdiscipliniedad. Bajo el supuesto contrario, podría probarse que quien más diestro y confiado en su saber disciplinario es quien menos está dispuesto a desafiar la lógica y los supuestos de su propio saber. Como en todas las disciplinas, hay profesionales que se reconocen en el núcleo duro y hermético de su saber y otros que se ubican en las fronteras permeables de las relaciones con

otras disciplinas. Estos son quienes pueden embarcarse más fácilmente en una empresa interdisciplinaria.

Sin embargo, lo que se necesita realmente es que este experto/a esté dispuesto/a a ser permeado/a, enriquecido/a y cuestionado/a desde otras trincheras académicas. Lo que se requiere, más que discutir sobre interdisciplinaria, es diseñar mecanismos específicos que garanticen la apertura interdisciplinaria. Por ello debe haber un lugar pedagógico en el proceso investigativo, que bien puede ser un espacio de discusión abierto a la comunicación permanente, que obligue a los investigadores a explicitar sus supuestos y sus reparos a las opiniones y puntos de partida del resto de investigadores. Aunque este proceso de intercambio debe poner a dialogar las disciplinas, esta propuesta no está exenta de peligros. Una discusión muy frontal o irrespetuosa puede, no sólo, herir sensibilidades y orgullos profesionales, sino descomponer el equipo de trabajo, alargando las discusiones teóricas en desmedro del resultado concreto. Un balance entre ambas posturas sería la solución al problema; una solución fácil de formular pero difícil de realizar.

Es probable que el balance de encuentros sea menos frecuentes que el de desencuentros. Entre los más importantes "encuentros" puede darse la motivación generalizada y el optimismo de los participantes si se trata de un proyecto ambicioso que implique un desafío intelectual. Pero el catálogo de desencuentros puede ser más extenso. En primer lugar, pronto se sentirán las diferencias entre los(as) investigadores(as) entrenados en ciencias "exactas" y aquellos provenientes de ciencias sociales y humanas. Los primeros tenderán a establecer los "hechos" mientras que los segundos se aprestarán a realizar "interpretaciones" que a los ojos de los primeros no respetan los hechos. La descripción para éstos será todo un objetivo antes de formular cualquier interpretación. Desde el otro bando se supondrá que los "hechos" son también interpretaciones ya que los hechos son seleccionados, catalogados y ordenados con visiones o criterios predeterminados. Ya se ha dicho que las ciencias "exactas" pretenden "explicar" con causalidades y las sociales "comprender" sin caer en mecanicismos ya que la vida social es compleja. Lo anterior no quiere decir que no habrá forma de avanzar, sino que supone paciencia para tratar de comprender los supuestos de cada cual y las limitaciones y alcances de cada pensamiento.

Lo/as investigadore/as pueden sentir que el ejercicio interdisciplinario genera una permanente inseguridad y una especie de ritmo de trabajo de "dos pasos adelante y uno atrás". El lenguaje mismo puede ser objeto de disputa. En las ciencias que pretenden mayor objetividad, el uso de la tercera persona será

una regla básica. En el otro extremo, por ejemplo, la historia, la acción humana y el uso de verbos activos expresando a unos actores que construyen el mundo será frecuente. La forma misma de escribir los artículos puede implicar estrategias narrativas diferenciadas. De acuerdo con algunas teorías literarias, todo texto está sujeto a un análisis literario. El texto de William Cronon que aquí presentamos a los lectores, muestra este dilema concentrado en dos escuelas distintas en el campo de la historia.

Hay que tener en cuenta que con el propósito de evitar desencuentros no se deben producir salidas facilistas. Este es el caso de los intentos de tratar los desencuentros con una estrategia de producción de consensos. Aunque suene atractiva esta propuesta, es ajeno a la rigurosidad académica el hacer concesiones que podrían debilitar la fuerza misma de los argumentos. Los consensos son plausibles cuando se trata de documentos de política, como en el caso de textos legislativos parlamentarios o convenciones producidas en el seno de organismos internacionales. Por ejemplo, es bien conocida la crítica a la idea de “desarrollo sostenible” tal como fue formulada en el Informe Brundtland, *Nuestro Futuro Común*, ya que privilegia el consenso en desmedro del rigor. Por ello en la práctica, un cierto eclecticismo, que no consenso, puede ser un resultado normal de un proyecto colectivo ambiental. Bajo una comprensión general de un proyecto se abre la puerta a que cada investigador desarrolle su propia contribución, aunque el resultado final no tenga una coherencia estrecha y tienda a ser una colección de artículos reunidos por una temática común pero con matices, divergencias y, en el peor de los casos, contradicciones teóricas.

Como resultado de una experiencia específica, algunos de estos comentarios pueden sonar “de manual”, lo cual no le quita la importancia para quienes pretenden hacer un trabajo colectivo de interdisciplinariedad. El liderazgo es también un problema que debe ser tenido en cuenta cuando se trata de hacer interdisciplinariedad. Ya que los investigadores proceden de campos diversos o divergentes y que ell@s son autoridades en su propio campo, este proceso es difícil y complejo. Para lograr la cohesión del grupo, la dirección debe tender a ser fundamentalmente una coordinación. Esta posición tiene que evitar tomar decisiones verticales con el propósito de mantener la cohesión, sacrificando homogeneidad o uniformidad de criterios. El estatus del director/a debe ser, a lo más, una especie de “primus inter pares”. También puede ser una autoridad académica, pero sólo en su propio campo disciplinario.

La interdisciplinariedad compromete las fuentes y el ejercicio del poder profesional. La alusión de Pierre Bourdieu a unas disciplinas fuertes en el ámbito científico pero dominadas socialmente, tal como es el caso de las ciencias exactas, en contraste con disciplinas de alto poder social pero bajo

reconocimiento científico, como el derecho o la medicina, pueden ser refractarias a los ejercicios interdisciplinarios. Ciertas cualidades sociales del grupo que pretende interdisciplina son importantes en la medida que desafían la lógica del poder disciplinario actual. Por ejemplo, una cierta humildad frente al desafío epistemológico; adicionalmente, un reconocimiento de que los resultados siguen, en buena medida, siendo provisionales; por último, un respeto profundo por las opiniones de los demás y una aceptación de que los saberes disciplinarios, con todos sus desarrollos y contribuciones también han generado ignorancias y bloqueos ante otras formas de producir conocimiento útil. Una dosis de escepticismo sano dentro de la disciplina, o de visión crítica dentro del saber experto, es condición para el ejercicio interdisciplinario. La distinción que aquí se hace, rechaza cualquier implicación de que el más diestro en la formación especializada, es el más apto para afrontar los desafíos de la investigación ambiental. Para pensar interdisciplinariamente se debe hacer un esfuerzo temprano desde la formación profesional disciplinaria y no esperar a que el experto haya sido ya encerrado en los muros de la formación disciplinaria.

Lo anterior no debe inducir a desconocer las bases disciplinarias sobre las que se sustenta el conocimiento científico moderno. La interdisciplinariedad que se produce eludiendo la conciencia de esta condición, puede llegar a convertirse en una generalística ingenua y superficial, que fácilmente puede hacer tránsito a la autopista resbalosa de la charlatanería. La interdisciplinariedad es un ejercicio que, aunque todavía en pañales, tiene que evolucionar reconociendo precisamente la realidad de las fronteras disciplinarias, sus nudos gordianos, su lógica, sus logros y también sus prevenciones y prejuicios. El desconocimiento de estas condiciones sólo retrasa la posibilidad de avanzar colectivamente en la empresa de producir conocimiento interdisciplinario y prolonga la posibilidad de que los desencuentros sean más numerosos que los encuentros.

Estamos en mora de hacer un ejercicio que evalúe sistemáticamente diversos esfuerzos interdisciplinarios y que permita elaborar un balance de los mismos. Así podríamos ver como la historia ambiental, la geografía histórica, la sociobiología, la ecología humana o la ecología política, para citar algunas áreas de conocimiento ambiental, tienen diversos puntos de partida, variadas estrategias metodológicas, a veces paralelos o divergentes supuestos político-epistemológicos y evidentemente, conclusiones dispares. La agenda de la interdisciplinariedad en el ámbito ambiental debe realizar esta investigación en el futuro próximo.

En fin, antes de pasar a presentar específicamente el contenido del libro, bástenos recordar la intención de esta presentación. Ella consiste en recordar e

ilustrar que determinaciones sociales y transformaciones teóricas y metodológicas se retroalimentan. La preocupación por la interdisciplinariedad no es sólo un desarrollo intelectual sino que aspira a proponer soluciones a desafíos sociales específicos, en este caso, a aquellos que se derivan de la compleja interacción entre los humanos y su entorno. Un ingrediente esencial de esas soluciones pasa por los insumos y aportes de la acción colectiva ambiental. De lo contrario, podría simplemente producir respuestas pero no soluciones ya que estas deben incluir un arraigo y legitimidad social.

Acerca del libro

Este texto está dividido en tres secciones: reflexiones específicas desde la historia ambiental, aportes a lo ambiental desde una visión más amplia de las ciencias sociales y discusiones sobre el discurso ambiental, que articulan una serie de textos que dimensionan las nuevas perspectivas de análisis sobre las relaciones sociedad y entorno en las ciencias sociales.

Reflexiones desde la historia ambiental

La primera sección de este libro recoge las discusiones al interior de la historia ambiental e incluye los artículos de William Cronon, Germán Palacio y Lise Sedrez. Debido a que la concepción moderna de naturaleza tiende a entenderla como carente de subjetividad y susceptible de capturarla objetivamente, se podría asumir que la historia ambiental se realiza como una cronología objetiva. Sin embargo, para Cronon, esto es un error, como lo plantea en «Un lugar para relatos: naturaleza, historia y narrativa», donde al hacer la comparación de dos trabajos notables sobre la historia del Dust Bowl (las sequías de las Grandes Planicies norteamericanas de la década de 1930) muestra cómo la historia ambiental no deja de ser un lugar para relatos diversos. Este resultado es sorprendente, debido a que las fuentes utilizadas por dos destacados historiadores son exactamente las mismas. Mientras uno narra una historia llena de logros, es decir progresista, el otro relata otra historia plena de fracasos y desilusiones, es decir romántica. Dice Cronon: «cuando nosotros describimos las actividades humanas dentro de un ecosistema, aparecemos contando siempre historias sobre ellas: solo que la naturaleza puede ser coautora de nuestras historias». Esta es sólo una de las conclusiones del texto en donde el autor demuestra, convincentemente, cómo la historia ambiental está sujeta a los relatos que sobre la naturaleza hacemos los seres humanos, quienes somos, naturalmente, contadores de historias.

En «Historia tropical: a reconsiderar las nociones de espacio, tiempo y ciencia», Palacio plantea que el desarrollo de la historia ambiental implica desafíos conceptuales cruciales a la historia en general. Palacio estudia estos retos examinando tres nociones: tiempo, espacio y ciencia. En cuanto a la categoría tiempo, este artículo concluye que las preocupaciones ambientales redefinen la noción de pasado en la historia vinculándola al presente y al futuro, mostrando cómo el tiempo de la naturaleza y el de la historia humana son divergentes. En relación con el espacio, la historia clásica se fundó en un determinismo ambiental eurocéntrico a la que debería oponerse una historia de los trópicos. Ambas nociones están conectadas con la separación tajante en el pensamiento moderno entre ciencias de la naturaleza y ciencias humanas. Evitando colapsar estos dos campos de las ciencias, este artículo propone reconstruir los lazos entre ambas, aceptando que mientras que las primeras funcionan bajo la lógica de paradigmas, las segundas lo hacen con subparadigmas en permanente competencia. Se trata todavía de un camino por recorrer, que no puede suponer de manera trivial la abolición de tajo de las distinciones disciplinarias.

Con base en la experiencia de construcción de una bibliografía virtual apoyada desde varias universidades de los Estados Unidos, en «Historia ambiental de América Latina: origen, principales interrogantes y lagunas», Sedrez propone que la producción sobre América Latina es nutrida pero increíblemente desarticulada. Más que interdisciplinaria es multidisciplinaria. Una historia ambiental en sentido estricto para América Latina es muy reciente, por lo cual este trabajo tuvo como eje una visión amplia definida como historiografía sobre medio ambiente. Por razones de familiaridad y quizás de volumen, la autora enfatiza en la literatura brasilera pero también se retrotrae a un importante pionero, el geógrafo Carl Sauer de la Escuela de Berkeley. Los temas centrales del trabajo se refieren al encuentro entre el Viejo y el Nuevo Mundo, a la relación entre ambiente y frontera y a la historia del conservacionismo.

Aportes a lo ambiental desde una visión más amplia de las ciencias sociales

Esta segunda sección destaca la relación que la historia ambiental tiene con otras ciencias sociales y cómo éstas, a su vez, establecen replanteamientos que redimensionan las concepciones duales de naturaleza y cultura y establecen un diálogo interdisciplinario. En este aparte se presentan los textos de Alberto Flórez, Claudia Leal, Astrid Ulloa y Philippe Descola. Flórez en “La historia ambiental frente a las ciencias sociales”, crítica la tendencia a asociar los temas ambientales con lo físico, lo biológico y con los científicos naturales, lo cual desconoce la

dimensión cultural, el papel de los conocimientos locales y el posicionamiento desde las ciencias y los investigadores con respecto a su género. Partiendo de la historia ambiental, describe el surgimiento y quehacer de la misma como una mirada que profundiza en las relaciones temporales y espaciales de los humanos con su entorno y viceversa. De igual manera, presenta cómo ésta ha entablado un diálogo interdisciplinario tanto con ciencias naturales como sociales, que permite una mirada de lo ambiental, que aunque particular e interpretativa del accionar humano, puede posicionarse frente a las tecnologías que atentan contra la naturaleza para proponer una naturaleza posible o deseada.

Leal en “La naturaleza en los estudios sociales”, discute cómo las relaciones que los humanos tienen con la naturaleza se han convertido en un tema de reflexión permanente en las ciencias sociales, a tal punto que han surgido varias subdisciplinas como la historia ambiental y la ecología política. Enfocándose en estas dos subdisciplinas analiza sus orígenes, precursores, principales teóricos y los grandes temas que han sido básicos en los análisis de las mismas. Destaca las raíces de cada una de ellas para presentar cómo la historia ambiental surge de la historia y la geografía histórica, mientras que la ecología política surge de la ecología cultural y la economía política. Sin embargo, la historia ambiental y la ecología política, en palabras de Leal “integran la naturaleza en las ciencias sociales” y tienen en común tres grandes temas que han permitido abordar la relación de los humanos con la naturaleza: la transformación del medio ambiente, la influencia de la naturaleza sobre la vida social y las ideas sobre la naturaleza.

Ulloa en el texto “De una naturaleza dual a la proliferación de sentido: la discusión antropológica en torno a la naturaleza, la ecología y el medio ambiente” analiza cómo dentro de las investigaciones antropológicas las conceptualizaciones sobre la naturaleza como construcciones sociales empiezan a ser consideradas dentro del debate teórico como relevantes y productivas. Presenta cómo esto ha implicado un largo proceso de transformación e interacción de la noción moderna sobre la naturaleza (la cual se opone a la sociedad) con nociones híbridas de cuasi-objetos y cuasi-humanos. Para analizar estos cambios e interrelaciones, realiza una revisión teórica de las transformaciones que se han dado en las categorías e investigaciones antropológicas sobre naturaleza, ecología y medio ambiente.

En “La antropología y la cuestión de la naturaleza”, Descola cuestiona y crítica el dualismo de la naturaleza y la sociedad como una categoría universal, y parte de su experiencia con los achuar en la amazonia ecuatoriana para describir cómo la naturaleza en este contexto es una relación social, en donde los no humanos son tratados como personas. De manera general, plantea tres

dimensiones o modos a través de los cuales los humanos entran en interrelación con los no humanos: de identificación, de interacción y de clasificación. A partir de la mirada antropológica en diversos contextos culturales, plantea que las múltiples relaciones de los humanos con los no humanos deben ser integradas “en nuevo campo analítico en el seno del cual el naturalismo moderno, lejos de constituir la unidad de referencia que permite juzgar las culturas distantes en el tiempo o en el espacio, no sea más que una de las expresiones posibles de esquemas más generosos que gobiernan la objetivación del mundo y de la alteridad”.

Discusiones sobre el discurso ambiental

En la tercera sección se recogen los artículos de Margarita Serje, Germán Palacio y Astrid Ulloa que tienden a complejizar el discurso ambiental. Serje, en «Ciencia, estética y cultura en la naturaleza moderna» denuncia el carácter excéntrico y peculiar de la cultura Occidental moderna debido a que es la única sociedad que se presenta como patrón o referente universal y cima de la humanidad. Buena parte de esta pretensión universalista sin sustento, ya que, en verdad, Europa es sólo una pequeña región del mundo, se basa en su concepción «naturalista de la realidad». La naturaleza en este pensamiento es un ámbito material y objetivo que existe en sí, es exterior a lo humano e independiente de todo conocimiento y se construye conceptualmente en oposición a lo social, ámbito separado y opuesto a la naturaleza. Serje argumenta que esta concepción de naturaleza tiene unas raíces históricas estéticas asociadas a las formas de mirar el paisaje desde el Renacimiento, con la invención de la perspectiva, y se reproduce posteriormente con el avance de la biogeografía y la ecología durante el siglo XIX.

En «Notas sobre la noción de conflicto ambiental: ¿un nuevo matiz en el análisis histórico?», Palacio pretende delinear aspectos básicos de las nociones de conflicto ambiental. Se trata sólo de un punto de partida que dé lugar al desarrollo de un proyecto que desglose con detenimiento y sutileza los variadísimos matices del complejo campo que aquí se presenta. Los puntos en que se concentra este artículo son los siguientes: armonía y conflicto en el conocimiento Occidental; naturaleza y función social del conflicto; modelos históricos de conflicto ambiental y la redefinición del conflicto social a la luz del conflicto ambiental. La variedad de entendimientos del conflicto ambiental introduce un nivel de complejidad no prevista en las visiones clásicas sobre conflicto social en que los actores o intereses contrapuestos son relativamente conscientes y no involucran a la naturaleza misma como un actor potencial.

Llevado a un extremo, cuando la naturaleza se convierte en actor tienden a diluirse las distinciones radicales entre seres humanos y naturaleza y se reconstruyen las áreas de continuidad entre naturaleza y cultura. Se trata, según el autor, de visibilizar la naturaleza en la conflictiva historia humana, y en el extremo, de la posibilidad de otorgarle subjetividad a la naturaleza diluyendo la dicotomía forjada en el pensamiento moderno en que los seres humanos son los sujetos y actores de la historia mientras que la naturaleza es un objeto inerte y carente de historicidad.

Finalmente, Ulloa en “Pensando verde: el surgimiento y desarrollo de la conciencia ambiental global”, se centra en la historia del ambientalismo y explora diferentes versiones y concepciones sobre el medio ambiente, destacando el papel de los movimientos ambientalistas. Posteriormente realiza una reflexión sobre las implicaciones que tiene el ambientalismo globalizado, resaltando dos de sus principales tendencias: la antropocéntrica y la biocéntrica; señalando los procesos de control que trae una acción global en torno a la crisis ambiental.

En síntesis este libro agrupa una serie de textos que quieren dar al lector un contexto básico para abordar las actuales discusiones en torno a lo ambiental como una categoría amplia que supera la dicotomía moderna de naturaleza y cultura y reposiciona al ser humano como fruto de la interrelación con su entorno.

Los editores